

Obra sin título, primera publicación

Lara Rodríguez Domingo



Capítulo 1

Cuando era pequeña pensaba que éramos iguales, que estábamos hechas de la misma pasta y que acabaría convirtiéndome en una versión reducida de ti. Con el tiempo vi que empezábamos a diferenciarnos, que perdíamos poco a poco parte de aquella complicidad.

Siempre te he estado muy agradecida, aunque no lo parezca. Cuando me enfadaba contigo me sentía triste por tener una conducta tan diferente al sentimiento, conducta que me costaba (y todavía me cuesta) calmar. Estando ahora lejos de casa, y después de mucho tiempo, he empezado a comprender el porqué de esta división del camino. Y no lo veo para nada negativo, es más, estoy agradecida.

Nunca me has puesto límites. Me has enseñado a cuidarme, a protegerme y a ser prudente, pero nunca me has prohibido. Has intentado que no me equivocara, pero debido a mi tozudez, una vez más, me has dejado hacer enseñándome a equivocarme. Es ese cambio de rumbo que siempre has tomado conmigo el que me ha hecho crecer, formándome yo a mí misma, en vez de una madre formando a su hija a su gusto, imagen y semejanza.

Agradezco que fuera un cambio de rumbo en vez de un reproche posterior, porque gracias a tu flexibilidad y constancia nunca he sentido que dejabas de estar conmigo. Muchísimas veces he merecido recibir un “te lo dije” de tu parte, ese que es tan fácil soltar, y sin embargo todas ellas he recibido la compañía que no merecía para caminar compartiendo la carga de mis errores, siendo siempre tú la que quería llevar más peso.

Me has dado las alas, pero has dejado que fuera yo la que aprendiera a volar. En vez de tener planes para mí, me has dejado ser el espíritu libre que siempre me has dicho que soy. Que somos.

Es por eso por lo que, a veces, tengo sentimientos contradictorios. Por un lado, siento que somos totalmente diferentes, hasta opuestas en algunos aspectos. Por el contrario, me descubro siendo tú en los momentos más simples, más instintivos. Eso es porque me habrás dejado crecer libre, pero mi base, mi columna vertebral, es tuya. Ahí has depositado tu parte más importante de la forma más permanente posible: con amor. Y es éste el que me protege en los momentos más importantes surgiendo desde lo más profundo de mi ser, siendo puro instinto.

Entonces es aquí, en una playa a la otra punta del mundo, bajo una oscuridad que invita a confidencias, cuando noto el hilo unido a mi meñique y entiendo que lo mejor de ti residirá en mi hasta donde quiera que llegue.